

APORTACION DEL DR. CLAUDIO DELGADO AL ESTUDIO DE LA EPIDEMIOLOGIA DE LA  
FIEBRE AMARILLA

II

La palabra «colaborador», viene del latín «collaborare», que a su vez procede de «cum» (con) y «laborare» (trabajar, laborar): «trabajar con otra u otras personas, especialmente en obras de ingenio», rezan las enciclopedias y diccionarios que hemos consultado sobre la materia. Y añaden: «colaborador, colaboradora (de colaborar): compañero de alguna obra»...

Después de investigar, analizar y pensar muy detenidamente acerca de las personas a quienes cabría la satisfacción, el honor inmenso de poderlas denominar «Colaboradores» de Carlos J. Finlay en sus geniales estudios acerca de la Epidemiología de la Fiebre Amarilla, hemos decidido incluir bajo ese epígrafe, cuyo verdadero significado señalaremos enseguida, tan sólo a dos, cuya colaboración es, además, totalmente distinta, al extremo que las incluiremos bajo dos diferentes acápites que analizaremos más tarde:

A) En este acápite de la *Colaboración Moral y Sentimental*, cabe encajar a nuestros dos candidatos: Adela Shine, su esposa; y el Dr. Claudio Delgado y Amestoy, su mejor amigo y compañero.

Referente a la primera, sólo citaremos aquí, que la opinión de los biógrafos que más directa, o aún dijéramos, más íntimamente penetraron y conocieron la vida de esa gran luminaria cubana que se llamó Carlos J. Finlay: Juan Guiteras, Porfirio Amado, Francisco Domingo Roldán —que a la memoria de ambos esposos dedicara su magnífica obra; su propio hijo, en fin, Carlos E. Finlay, autor de otro libro, publicado en dos idiomas, acerca del maestro; están enteramente de acuerdo en reconocer la colaboración de ambos tipos que la compañera del gran sabio le prestó, en su tan ingente como incomprensible y aún discutida labor.

En lo que respecta al segundo, a D. Claudio Delgado, vamos a citar, en primer término, las palabras del único hombre que podía afirmar, con los



mejores títulos, quien fuera su mejor, su más valioso, su casi exclusivo colaborador: nos referimos al propio Carlos J. Finlay y de Barrés.

En efecto, a reserva de dejar para el siguiente acápite la demostración de su colaboración científica, expondremos a continuación algunos párrafos y opiniones, tomados de aquí y de allá, de entre la nutridísima producción de nuestro gran sabio; y algunas otras vertidas por autoridades o verdaderos conocedores, nacionales o extranjeros, que nos sirvan para apoyar nuestro aserto de que Delgado fue también — además de *único colaborador científico*— junto a la señora Adela Shine, esposa de Finlay, su otro gran colaborador moral y sentimental.

Seguiremos para ello la palabra escrita del propio Finlay, al través de sus numerosos trabajos, ordenados cronológicamente en el gran volumen titulado: "Trabajos selectos del Dr. Finlay", tantas veces citado<sup>(29)</sup>, sin detenernos a mencionar en cada caso el trabajo en que hace la cita de Delgado, sino tan sólo la página en que dicha cita aparece en el libro en cuestión:

Página 52: "Esta interpretación muy lógica... ha venido muy oportunamente a disipar la extrañeza y perplejidad *que a nuestro apreciable colega el Dr. Delgado y a nosotros* venía causando, desde hace más de un año un hecho clínico, cien veces comprobado..."

Página 65: "A esta objeción contestaré recordando las minuciosas precauciones *que hemos tomado, el Dr. Delgado y yo*, para evitar causas de error, y que... están consignadas en la interesante reseña *de nuestro apreciable colaborador* y en mi memoria".

Página 95: "... nos autorizó para llevar *la observación del caso, como lo hicimos en unión del Dr. Delgado*".

Página 99: "El enfermo... *fue visitado por nosotros, en unión del Dr. Delgado...*"

Página 105: "En fin, *reconocemos gustosos la inteligencia y constante colaboración de nuestro apreciable amigo, el Dr. Claudio Delgado, sin cuyo auxilio*, difícilmente hubiéramos podido dar cima a nuestra empresa". (Del trabajo "Fiebre Amarilla Experimental", comparada con la natural en sus formas benignas (Bibl. 10) ante la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana, 1884.

Página 140: "... *y el Dr. Delgado recordará haber leído mi manuscrito* mucho antes de esa fecha".

Página 145: "...para que pueda servir de comparación *con el trabajo de igual naturaleza que con el Dr. Delgado emprendimos hace dos años...*"

Página 153: "...no podrán invalidar *las deducciones que hemos sacado, el Dr. Delgado y yo, de las numerosas hematimetrías que hicimos...*"

Página 185: ".en cuyo período (de cerca de 10 años) *he inoculado, en colaboración con el Dr. Delgado*, a 67 personas no aclimatadas.."

Página 222: ".aplicados con las precauciones cuya eficacia aséptica, *el Dr. Delgado y yo, hemos comprobado repetidas veces* durante nuestras investigaciones de años anteriores".

Página 269: "En 1881, nos propusimos, *el Dr. Delgado y yo*, determinar (por el método de Hayem) la proporción de los glóbulos rojos contenidos en la sangre de 17 soldados españoles recién venidos de la Península y también en 3 8 otros soldados atacados de fiebre amarilla. .

Página 283: "Una breve reseña de los experimentos practicados por mí (y algunos también, *por mi estimado amigo y colaborador, Dr. D. Claudio Delgado*) durante los últimos 14 años..

Página 289: "El *Micrococcus tetragenus versatilis* del Dr. Sternberg, ya sabéis que es el mismo *que el Dr. Delgado y yo* denominamos *Micrococcus tetragenus febris flavae*, cuando lo descubrimos en los años 1886 y 1887..

Página 373: "Realicé mi proyecto... con una especie de mosquitos que consideré distintos de los que encontraba descritos en los autores, por el modo especial con que verifica la aovación, *valiéndome del eficaz auxilio de mi amigo y constante colaborador Dr. Claudio Delgado, sin cuyo apoyo no hubiera persistido tantos años en la defensa de una teoría que únicamente suscitaba dudas o sarcasmos entre mis colegas*". (Del trabajo "Reseña de los progresos realizados en el siglo xix en el estudio de la propagación de la Fiebre Amarilla» (Bibl. 12), ante el III Congreso Médico Panamericano de la Habana, (1901).

Paladinamente reconoce Finlay la *colaboración* constante y el *apoyo*, desde luego *moral*, que lo hizo persistir tantos años, a pesar, recalca, de las dudas, o lo que es aún peor, de los sarcasmos de sus colegas.

Página 388: «... he usado este procedimiento, *en colaboración con el Dr. Claudio Delgado*, en 102 personas no-inmunes en el transcurso de 17 años (1881-1898)».

Página 492: «... todas las inoculaciones, con mosquitos recién contaminados, realizadas en la Habana por mí, *en colaboración con mi querido amigo y valioso compañero, Dr. Claudio Delgado*, desde el 30 de junio de 1881 hasta el 10 de julio de 1900».

Página 521: «... Tal proceso, suponiéndolo como una especie de vacunación preventiva de la fiebre amarilla, *fue puesto en práctica por el Dr. Claudio Delgado y por mí*, cuando emprendimos una larga serie de inoculaciones de ese género sobre un centenar de individuos no inmunes, desde 1881 a 1900.

Página 545: «*Nuestro distinguido compañero, el doctor Claudio Delgado, designado por la Junta Superior de Sanidad para organizar y dirigir el servicio especial de fiebre amarilla en aquella zona...*»

Página 547: «*Pero también para manifestar en presencia de mis distinguidos co-académicos, que he tenido un verdadero placer, durante el año que acaba de cumplirse, en haber podido utilizar en Bolondrón y en Cruces, donde ocurrieron los casos de fiebre amarilla, los valiosos servicios de nuestro querido amigo, el casi veterano miembro de esta corporación, el Dr. Claudio Delgado, cuyas especiales dotes de sagaz y escrupuloso observador, tantas veces había tenido oportunidad de apreciar durante los veinte años en que generosamente me prestó su valioso concurso en mis estudios de la fiebre amarilla. Su grata cooperación, como bien lo sabéis, fue el mayor, por no decir el- único aliciente que tuve para persistir en mi empeño de que fuese aceptada la doctrina de que el mosquito *Stegomyia fasciata* es el único agente transmisor indiscutible de la fiebre amarilla, acerca de cuya verdad, desde el año 1881 jamás tuvimos, ni él ni yo, la menor duda*». (De la discusión del trabajos «Casos al parecer típicos de ictero catarral simple como secuela posible de ataques benignos e ignorados de fiebre amarilla» (Bibl. 13), ante la Academia de Ciencias.

Confiesa Finlay en este párrafo, que fue Delgado *el principal* y casi insinúa que también el único aliciente que tuvo en su labor más importante. y nos habla, además, entre líneas, de la fe perdurable y absoluta que el discípulo tenía en las doctrinas del maestro.

Más adelante, el propio Finlay asevera lo siguiente: «*Han transcurrido cerca de 10 años, diez veranos completos (1891), en cuyo período he inoculado, en colaboración con el doctor Delgado, a 67 personas no aclimatadas*».

A su vez, de la correspondencia que enviaba Finlay al doctor Delgado, que se encontraba en aquel entonces (1901) en Gijón, tomamos la siguiente frase: «*...con el auxilio de mi eficaz y constante colaborador, el doctor Claudio Delgado...*»

En otra carta de fecha 20 de marzo de 1902, le dice a su vez: «*... ni el silencio ni la pereza, podrán nunca aflojar los lazos de nuestra amistad...*»

Y para concluir con lo dicho tan repetidamente por el propio Finlay, debo citar que circuló una cartulina en que, por orden de alguna autoridad sanitaria que trató, en su época, de enaltecer la noble labor de colaboración moral y hasta sentimental del doctor Claudio Delgado en ayuda de nuestro Finlay, se imprimieron para la posteridad, palabras que corroboran, una vez más, la opinión que sustentamos sobre el notable médico español.

Se nos ocurre pensar, basándonos en la propia confesión de aquel grande hombre: de no haber existido ese apoyo leal, la fe inquebrantable, la palabra de aliento, la tenacidad vascongada de Delgado, ¿habría llegado Finlay, y por ende Cuba, a poder disfrutar y reclamar la indudable prioridad que hoy mantenemos, acerca del verdadero autor y del alcance de su genial descubrimiento?

Y comencemos ahora a analizar lo que sobre don Claudio Delgado o sobre el admirable binomio Finlay-Delgado, han dicho o escrito otros autores.

Del doctor Juan Guiteras en los «Apuntes Biográficos» con que se inicia el espléndido volumen de los «Trabajos Selectos» del doctor Carlos J. Finlay, tomamos las siguientes palabras (pág. XXIII):

«Grande fué su gratitud a los que le ayudaron en su obra, debiendo citarse como especial ejemplo, su recuerdo siempre entusiasta por el doctor Claudio Delgado, su compañero de trabajo».

Del señor Gustavo Montero, secretario del comité ecuatoriano «Centenario de Finlay y Delgado» de la comisión organizadora de La Habana, en un discurso pronunciado en Guayaquil (Bibl. XI), son las siguientes palabras: «... en cuyo honor, (en el de Claudio Delgado) declara, *que sin el valioso* auxilio de tan estimado amigo, difícilmente hubiera dado cima a su empresa...»

Pero si grande, agradecido y enaltecedor eran la estimación y el efecto que nuestro sabio profesaba al Dr. Delgado, no lo era menos, el cariño, el respetó casi rayano en veneración que este último sentía por su maestro. Tal lo demuestran los siguientes párrafos de la carta que desde Gijón (Asturias) escribiera con fecha 26 de enero de 1901:

«A mi queridísimo amigo: ... El triunfo de la verdad científica por usted sustentada, el premio concedido a la fe y perseverancia con que prosiguió usted, a través de mil escollos la difícil tarea de penetrar los arcanos de la fiebre amarilla... Crea usted, mi buen amigo, que me ha llenado de regocijo y desde este rincón del viejo continente, le envío un entusiasta saludo y, desde aquí, uno mis humildes plácemes a los valiosísimos cuanto calurosos que le fueron otorgados...»

Durante la celebración en La Habana del Primer Congreso Médico Nacional, en 1905, el doctor Carlos J. Finlay comisiona al doctor Tomás Vicente Coronado, profesor de Higiene en nuestra Universidad, en aquella época, para hacer uso de la palabra, y lo hace en esta forma enaltecedora para el doctor Claudio Delgado:

«... Cuando el doctor Finlay recibe emocionado nuestras manifestaciones de admiración, su bondadoso corazón late aceleradamente y elevando su espí-

ritu hacia el altruismo, agradece las deferencias que justamente se le tributan y entonces un recuerdo cariñoso, una impresión de amor y gratitud, anida en su alma noble, para aquel compañero, modesto y desinteresado, que con él compartió el dolor de las decepciones, en sus estudios del mosquito, que no encontraban eco en sus contemporáneos... Llegó, como llega siempre, la justicia; y hoy, acariciado por la gloria, me comisiona y me suplica que os diga, que comparte gustoso, que él no puede silenciar el nombre de su compañero querido, de aquel que supo ayudarlo y confortar su espíritu en los días tristes. Gloria pues, señores al sabio de alma noble, Carlos Finlay; y gloria también a sus colaborador modesto, sencillo, doctor Claudio Delgado.»

A petición del señor presidente del Congreso, el doctor Pedro Albarrán, los congresistas, puestos de pie, tributaron a los viejos camaradas una cerrada ovación.

«... Fue ése —dice Picaza— el punto culminante de su gloria, la clase médica cubana colgó de esa manera, su más bella corona en el atrio del templo de su fama. Aquel homenaje, en muchos aspectos, recordó el ofrecido por Francia a Luis Pasteur, el año 1893.»

En 1908, el señor ministro de Francia en Cuba, M. Paul Lefáivre, solicita de la Academia de Ciencias, que ésta le remita un informe sobre los méritos científicos del doctor Finlay, y la ilustre corporación designa para compilar los datos y redactar dicho informe, a los doctores Claudio Delgado y Jorge Le Roy.

«...El viejo paladín —expresa con ese motivo el doctor Picaza(\*) con su galano estilo— ciñó de nuevo sus arneses, y se lanzó a la arena, a la defensa de su amigo.»

«Este trabajo... es un alegato razonado, a los agraviadores de la gloria de su amigo... Ese fue el canto del cisne, de su incomparable lealtad.»

Sus dos últimas actuaciones en pro del viejo maestro y amigo, fueron en el año 1914, dos años antes de su muerte y ya de 70 años de edad, recabando de las asociaciones españolas de Cuba, la erección de un monumento a aquél; y gestionando de la Junta de Sanidad un aumento de la modesta subvención que el viejo sabio estaba percibiendo.

Del discurso del doctor Abelardo Delgado, hijo de nuestro biografiado, con motivo de develársele una tarja en el salón de actos del Instituto Finlay en 1945, tomamos estas palabras: «A raíz de aquel fallecimiento (el del doctor Finlay), ocurrido el 20 de agosto de 1915, cuando todavía estaba insepulto el cadáver, fue llamado el doctor Delgado por el doctor Le Roy, secretario de la Academia de Ciencias, para que pronunciara el discurso de elogio del doctor Finlay en el seno de esa corporación, a lo que el doctor

Delgado informa que él también está muerto para el mundo, considerándose así, por haber perdido a su compañero y amigo de veinte años».

«... En su alma —concluye Picaza (1) con tales motivos— como un pebetero exquisito, no cesó jamás de arder la más pura esencia de la amistad, que no es otra cosa que una fidelidad intachable.»

Del trabajo del doctor Saturnino Picaza, tantas veces citado<sup>(1)</sup> tomamos estos párrafos que nos hablan de la productiva comunión espiritual de estos dos hombres:

«El espíritu reflexivo, metódico, sensitivo y tímido de Finlay, no pudo encontrar, por una especie de armonía preestablecida, asociado ni colaborador más eficaz, que el hombre de alma sencilla, sin repliegues ni dobleces, de lealtad inquebrantable, que no conoció desmayo en su fe, y que jamás aspiró a más alta recompensa que la satisfacción del deber cumplido. Pocos hombres han llevado más lejos la fidelidad, la abnegación, la probidad, ni el desinterés y se buscaría en vano otro ejemplo, que infunda a tal grado, la ilusión de un solo pensamiento y de una sola voluntad en dos vidas... Por su culto a la amistad, en una época en que, por los más sensatos, se dudaba del equilibrio mental de Finlay; que corría en la aventura el peligro inminente de la dispersión de una clientela, que tanto afán le costara juntar, por el olvido de sus propias aspiraciones, que pudo fomentar o satisfacer valido de sus grandes influencias en el Gobierno, que desde el primer momento puso al servicio de su amigo, escaló la cima más alta de la virtud. Nunca en el curso de su vida, a ratos plena de amargura, pronunció el doctor Delgado... una palabra, que no fuera admiración para el compañero de penas, de renunciamiento absoluto y de desprendimiento en lo que concierne a su persona. El olvido de sí mismo, como el más alto timbre de una vida, fue para el doctor Delgado, un acto tan espontáneo como la fragancia en las flores. Fue la suya, una bella vida, que fiel a las rígidas normas de la probidad, no conoció más estímulo que los de la propia conciencia... Las avenidas de la gloria son ásperas, y el poema de su amistad con Finlay, que tiene estrofas de sombría grandeza, en realidad no se escribe, sino se vive. Los desdenes de la fortuna, lejos de debilitarla, le sirvieron de estímulo... El doctor Delgado era el consultante obligado de Carlos Finlay, que siempre escuchaba con respeto su consejo».

B) En el acápite B) de la *Colaboración Científica*, sólo podemos encontrar la figura notable y desinteresada del doctor Claudio Delgado y Amestoy.

«...Desde el año 1879 —asegura Picaza<sup>(1)</sup>— emprendieron los dos camaradas el estudio de la Hematimetría, que otro curioso de la Medicina,

gran amigo suyo (de Delgado), el doctor Felipe F. Rodríguez, conocido por «Felipillo», e introductor de la Microscopía en Cuba, debió sugerirle».

El primer contacto que hemos podido encontrar entre el doctor Claudia Delgado y las labores de la fiebre amarilla, aparece el día 30 de mayo de 1881 (después del viaje de Finlay a Washington, donde esbozó las primicias de su gran descubrimiento y antes de su trabajo cumbre en la Academia de Ciencias de La Habana), en que es designado miembro efectivo de la «Comisión de Fiebre Amarilla», en su sección de Clínica Experimental y se le encarga, además, del cuidado de los archivos de la propia Comisión, que fue creada por la Sociedad de Estudios Clínicos de La Habana.

«...El 24 de septiembre de 1881, —continúa Picaza (‘)— presentó en la Sociedad de Estudios Clínicos... el resultado de sus investigaciones, en un trabajo titulado «Reseña de los progresos realizados hasta el día, en el conteo de los glóbulos de la sangre».

«... Llama de manera especial la atención, sobre la pipeta automática de Finlay, que recomienda con preferencia a las demás. Como fácilmente se adivina —concluye el galano estilo del doctor Picaza— Finlay y Delgado emprendieron esos estudios, en relación con la tarea, que en otros trabajos explícitamente exponen, de exterminar la fiebre amarilla, que era, a su juicio, un oprobio de Cuba. De los exámenes practicados en enfermos amarillos, encontraron en 33, cifras superiores a 4 y medio millones y 17 excedieron la cifra de 5 y medio millones...»

Como se deduce de lo anteriormente expuesto por el distinguido autor, las relaciones científicas entre Finlay y Delgado, se remontan a 1879. Más adelante, en el propio trabajo, trata de explicar su génesis en esta forma: «... Esa amistad... se anudó, según toda la probabilidad, en casa del doctor Serafín Gallardo, que el doctor Finlay asiduamente visitaba.»

En 16 de diciembre de 1881, escribe el doctor Finlay al presidente de la Academia, comunicándole su descubrimiento de una filaría hemática y su forma de desarrollo y añade: «Como quiera que vengo estudiando en unión del doctor Claudio Delgado la influencia que dicha filaría tenga en el desarrollo de las enfermedades de esta localidad... etc.»

Cuando Finlay presentó ante la Academia de Ciencias, el 27 de agosto de 1882, su trabajo «Patogenia de la Fiebre Amarilla» (Bibl. 14), ya laboraba conjuntamente con Delgado desde hacía más de un año, aunque éste no firmara junto con él, puesto que en uno de sus párrafos, dice aquél: «Esta interpretación muy lógica (el aumento de glóbulos rojos en cualquier enfermedad, no debe considerarse como un indicio de una producción aumentada de estos elementos, sino de la concentración de la sangre y disminución

Al Sr. Presidente de la Real Academia de Ciencias  
de la Habana.

No me es posible  
concurrir a la sesión que  
celebra hoy esa Real Academia  
de Ciencias, suplico a V. S.  
tenga a bien poner en como  
curriendo de esa Corporación  
el descubrimiento que he  
hecho de una Filaria  
Hemática, que parece estar  
actualmente muy generalizada  
en la Habana, cuyo desarrollo  
le pido que se vea en  
los siguientes párrafos:

- 1.ª De Bacillus simple y  
articulado, con movimiento  
de traslación.
- 2.ª De Filaria con 4.ª sin  
estructura, en forma de gusano.
- 3.ª De Filaria envuelta en

un capullo o' coqueo;  
4.ª De larvas hexópodos que  
salen de los capullo animales  
de movimiento muy activo,  
y cuyo larva se puede ver  
analógicamente con la de Paratyphus  
longirostris.

Como quiera que tengo  
establecido en unión del Sr.  
D. Claudio Delgado la  
diferencia que existe entre  
esta y la Filaria  
longirostris, he querido  
enfermedades de esta  
localidad, lo pongo de  
hora en adelante de  
en Real Academia para  
que pueda tenerse por  
esta enfermedad, y  
después de haber  
comunicado a V. S. las  
noticias, he querido  
que pueda tenerse por  
esta enfermedad, y  
después de haber  
comunicado a V. S. las  
noticias, he querido

Disculpe  
mi muchos años.

Madrid, Diciembre  
16 de 1881

Carlos Finlay

Carta del Dr. Carlos J. Finlay al presidente de la Real Academia de Ciencias de La Habana, (16 de diciembre de 1881), comunicándole su descubrimiento de una Filaria Hemática y su desarrollo.

de la masa sanguínea total, debidas a una eliminación exagerada de su parte líquida)... ha venido muy oportunamente a disipar la extrañeza y perplejidad que a *nuestro apreciable colega el doctor Delgado, y a nosotros, venía causando, desde hace más de un año, un hecho clínico, cien veces comprobado...*»

En otro lugar de este trabajo, presentamos la opinión que sobre estos puntos de vista de Finlay y Delgado, expone el profesor Rudolph Matas, de New Orleans: «... *También se ocupó el doctor Delgado de aplicar el mismo método de conteo (de sangre) en diversas otras afecciones piréticas y aporéticas, sin haber encontrado ninguna que presentase el aumento progresivo de la cifra globular, ni los tipos elevados observados por nosotros en la fiebre amarilla. Para alejar, en fin, todas las causas de error que se nos ocurrieron, convinimos con el doctor Delgado, hacer los conteos unas veces reunidos, otras veces aisladamente; los practicamos en distintos hospitales, en enfermos sometidos a planes curativos enteramente diferentes y también en otros que no habían recibido ninguna medicación interna...*»

Puede apreciarse en el párrafo que antecede, la intimidad y comunidad existente entre los dos notables investigadores, tratando de investigar la hiperglobulia por ellos encontrada en la fiebre amarilla, no sólo en individuos atacados de otras enfermedades, sino en casos de la propia enfermedad, pero sometidos a diversos tratamientos o aún carentes del mismo. Y cita hasta el hecho de que trabajaban a veces reunidos, otras separadamente, como para contrastar, científicamente, los resultados obtenidos por cada uno de ellos.

El doctor Corre (Bibl. 15), en 1883 en los Archivos de Medicina Naval de París, es el primer autor extranjero que se refiere a los trabajos en colaboración de nuestros autores, cuando expone en su contra lo siguiente: «... *El estado de concentración de la sangre encontrado por los doctores Finlay y Delgado, está en completa oposición con los resultados obtenidos por la inmensa mayoría de los observadores...*»

En contestación a esta crítica del autor francés, Finlay publica el propio año de 1883 su trabajo «Nuevos datos acerca de la relación entre la fiebre amarilla y el mosquito» (Bibl. 16) en que, a su vez, también se refiere a Delgado cuando dice: «... A esta objeción contestaré, recordando *las minuciosas precauciones que hemos tomado el doctor Delgado y yo, para evitar causas de error y que excuso repetir porque están consignadas en la interesante Reseña de nuestro apreciable colaborador y en mi Memoria...*»

En el último párrafo del trabajo «Fiebre amarilla experimental comparada con la natural en sus formas benignas» <sup>(9)</sup> publicado en 1884, hace de nuevo justicia Finlay a la labor del doctor Delgado, cuando dice: «... En fin, *reconocemos gustosos la inteligente y constante colaboración de nuestro apreciable amigo el doctor Claudio Delgado, sin cuyo auxilio difícilmente habiéramos podido dar cima a nuestra empresa...*»

El doctor Carlos J. Finlay, al año siguiente (1885), publicó su «Hematimetría de la fiebre amarilla», (Bibl. 17) en el que da a conocer el trabajo sobre igual materia del autor francés Maurel, aparecido en los Archivos de Medicine Navale (Bibl. 18) según dice: «...para que pueda servir de comparación con el trabajo de igual naturaleza que con el doctor Delgado emprendimos hace dos años...»

En el trabajo «Cultivos de sangre y otros productos de la fiebre amarilla» <sup>(21)</sup> leído en la sesión de la Academia de Ciencias, de fecha 26 de septiembre de 1886, comienza, a su vez, con estas palabras: «...Debo manifestar a la Academia, que el doctor Delgado y yo, desde el mes de agosto nos ocupamos en aplicar al estudio de la fiebre amarilla los procedimientos de Pasteur y de Koch, practicando cultivos de sangre y de otros productos de esa enfermedad en jaleas esterilizadas...»

Se inicia a partir de este año de 1886, la larga serie de trabajos presentados y publicados en colaboración por Carlos J. Finlay y por Claudio Delgado, siendo el primero una importante moción en que pedían la instalación de un «Laboratorio Bacteriológico», (Bibl. 19) leído en la sesión de la Academia de fecha 27 de febrero.

Como quiera que este trabajo, a más de ser el primero en colaboración de ambos ciclopes de la ciencia, es poco conocido por no estar publicado en la obra «Trabajos Selectos», y sí tan sólo en los Anales de la Academia, en ediciones ya agotadas y que constituyen verdaderos hallazgos de biblioteca, nos vamos a detener un tanto en su interesante texto.

Entre los argumentos invocados en aquella ocasión en apoyo de lo que pedía, esgrimieron los siguientes: «... teniendo que conformarnos, a lo sumo, con haber descubierto su, posible transmisión de un individuo a otro que se halle en estado de receptividad orgánica.»

Como los notables autores describen la situación imperante en aquel entonces, en el campo de las investigaciones médicas y que, con muy pocas o ninguna variación, podrían aplicarse a otros muchos campos en el momento presente.

Las palabras que copiamos no parecen dar fundamento a las acerbas , críticas surgidas después de la Guerra Hispano-Cubano-Americana por autoridades (general Leonardo Wood) y autores principalmente norteamericanos, que han querido aparejar a la victoria por las armas, las gloriosas conquistas científicas que se basaron en la labor del cubano Carlos J. Finlay y del español Claudio Delgado.

Y terminan éstos de sustanciar su moción con estas palabras: «... Si debe o no considerarse procedente y oportuno la instalación de un laboratorio microbiológico, bajo la inmediata dependencia de esta Real Academia, costado y sostenido por el gobierno de la Nación y destinado a todas las investigaciones propias de su índole, pero muy especialmente al estudio de la fiebre amarilla...»

En la sesión celebrada por la Academia de Ciencias el 27 de febrero de] siguiente año, 1887, se acordó recomendar al gobierno general, la aceptación e implantación de lo recomendado en la moción Delgado-Finlay.

«... Se sabe —dice el doctor Picaza W— el éxito desgraciado de esa moción, cuya simiente cayó en terreno estéril, pero que, meses más tarde, creció lozana. En efecto el día 8 de mayo de ese mismo año, abrió sus puertas el laboratorio de la «Crónica Médico-Quirúrgica», que fue, hasta la fundación de la República, el máximo exponente de nuestra Bacteriología y uno de los primeros de América.»

A partir del año 1884, desde la sesión del 14 de diciembre en la Academia de Ciencias, el doctor Carlos J. Finlay, por sí solo, trata de penetrar en el profundo misterio de la etiología de la enfermedad, dando lectura a su trabajo (Bibl. 20) «Hongo encontrado en la fiebre amarilla», y localizado por él en la piel y los vómitos de atacados de la afección, así como en la probaseis de mosquitos que los hubieran picado.

En 1886, insiste sobre el problema etiológico en sus trabajos «Cultivos de sangre y otros productos de la fiebre amarilla» (Bibl. 21), siendo uno de los primeros en utilizar como medio de cultivo el agar-agar, acabado de llegar a Cuba y «Cultivos de sangre de enfermos atacados de fiebre amarilla» (Bibl. 22), en que continúa ocupándose de las mismas colonias de cultivo del trabajo anterior, pero utiliza, además, el método experimental, valiéndose de dos perros traídos poco antes de New York y a los que inoculó con caldos de esos cultivos.

Finalmente en su trabajo (Bibl. 23) «Cultivos de fiebre amarilla» del mismo año, describe Finlay unos micrococos blancos, movibles que se desarrollan de 20° a 25° de temperatura (C).

No pudiendo concurrir  
 a la sesión que hoy celebra  
 la Real Academia y  
 apesar de que no se demora  
 la comunicación que tengo  
 anunciada a fin de que si  
 la Academia determinase  
 nombrar una comisión  
 pueda hacerlo antes de  
 que declinase la epidemia  
 actual de fiebre amarilla,  
 he duplicado al Sr. Dr.  
 D. Claudio Delgado,  
 cuya colaboración en  
 mis trabajos es de todos  
 conocida. me sustituya  
 para el caso y de  
 lectura a la comunicación  
 aludida...

Dijo  
 que a V. me los  
 Habana, Julio 24  
 de 1887  
 Carlos Finlay

Sr. Secretario General de la  
 Real Academia

Carta del Dr. Carlos J. Finlay al secretario de la Real Academia de Ciencias de La Habana, (24 de julio de 1887), designando al Dr. Claudio Delgado para que de lectura a una comunicación por él remitida.

En otra carta de Finlay al secretario general de la Real Academia, excusándose de su asistencia a la sesión de aquella noche añadiendo: «... he suplicado al señor doctor don Claudio Delgado, cuya colaboración en mis trabajos es de todos conocida, me sustituya para el caso, y de lectura a la comunicación aludida...»

Y es a partir del siguiente trabajo, publicado en el próximo año de 1887: «Estado actual de nuestros conocimientos, tocante a la fiebre amarilla»

(Bibl. 24), que Claudio Delgado comienza a compartir con Finlay las dificultades, vicisitudes y desencantos de la errónea vía así emprendida.

En efecto, en ese trabajo, establecen como conclusiones:

«*Primero*: Que el micrococcus tetragenus febris flavae es la forma característica del microbio de la fiebre amarilla.»

A esta primera y equivocada conclusión, le injertan, sin embargo, los resultados de los descubrimientos anteriores, y así es como concluyen también en ese trabajo:

«*Segundo*: Que el culex mosquito es el agente natural conocido que transmite dicha enfermedad.»

«*Tercero*: Que, según lo que hasta ahora tenemos comprobado en nuestros experimentos, es posible preservar a los individuos no aclimatados, de que contraigan la fiebre amarilla grave, mediante las inoculaciones con el mosquito.»

En el próximo trabajo sobre el tema, titulado «Investigaciones sobre fiebre amarilla» (Bibl. 25) que publica Finlay por sí solo en el mismo año 1887, da muestras de su gran serenidad de juicio, su falta de apasionamiento y desde luego, su identificación con el doctor Delgado, cuando pide: «Persuadidos de las grandes dificultades que entrañan las investigaciones de este género, y deseosos de precavernos de los errores de que somos susceptibles siempre, pero en especial cuando se apodera del espíritu una idea dominante, nos abstenemos de deducciones y comentarios que pudieran ser prematuros y por eso quisiéramos que si esta respetable corporación estima de algún provecho los trabajos experimentales a que venimos consagrándonos con tanta fe y entusiasmo, acordase el nombramiento de una comisión de su seno, que viniese a compartir con nosotros (el doctor Delgado y yo) las tareas de comprobación que son indispensables para asentar sobre bases sólidas el descubrimiento anunciado en la comunicación que hoy tengo el honor de presentar...»

El próximo trabajo, del mismo año de 1887, en que colaboran de nuevo Finlay y Delgado, es el intitulado «Relación entre los cultivos recientes de fiebre amarilla y los observados el año anterior» (Bibl. 26) en que sus autores presentan a la consideración de la Real Academia de Ciencias una serie de preparaciones microscópicas recientes, de productos patológicos de casos de esta enfermedad, a la vez que las comparaban con los mismos productos, pero del año anterior.

También en el propio año de 1887, Finlay y Delgado, presentan a la Academia y publican en sus Anales, uno de los dos únicos trabajos (Bibl. 27

y 28) que referentes al mismo tema del supuesto agente etiológico de la fiebre amarilla, seleccionaron, para su inclusión en la gran obra «Trabajos selectos de Carlos J. Finlay» (Bibl. 29) de 1912, los miembros de la comisión encargada de su publicación, doctores Juan Guiteras, Enrique B. Barnet, José A. López del Valle y Jorge Le Roy.

En efecto, en la primera página de dicho trabajo, aparece una nota de dicha comisión que expresa lo siguiente: «... Este trabajo y el de las páginas 289 y 307 <sup>(28)</sup> se publican en este libro como muestra de la tenacidad con que el doctor Finlay sostenía su opinión. Entre el largo período de tiempo (8 años) que media entre las fechas de estos trabajos, publicó Finlay una serie de ellos sobre el mismo asunto, todos de carácter experimental. Y es interesante ver cómo enlazaba siempre estos estudios colaterales con su teoría fundamental.»

En el párrafo primero de este trabajo, hacen Delgado y Finlay esta categórica declaración: «...en el curso de las investigaciones sobre fiebre amarilla que venimos realizando, hemos podido obtener recientemente la demostración más cumplida de que las tentativas de inoculación de dicha enfermedad, emprendidas por nosotros desde hace seis años, por medio del culex mosquito, o sea, del mosquito diurno de La Habana, se hallan hoy científicamente justificadas, como hasta aquí lo estuvieron de un modo empírico, a virtud de los alentadores resultados de que ya tuvo ocasión de dar cuenta a esta Real Academia, uno de nosotros (el doctor Finlay) en su trabajo sobre «Fiebre Amarilla Experimental»<sup>(10)</sup>

El trabajo que estamos comentando, presenta una lámina litográfica que lo acompaña en el libro «Trabajos selectos del doctor Carlos J. Finlay,<sup>(20)</sup> representando tres tubos de colonias sembradas por el mosquito y un cultivo en gota preparada con una de las colonias.

El doctor Diego Tamayo, que fuera nuestro profesor de Patología Médica y también decano de la Facultad de Medicina y que más tarde se convertiría en un ferviente admirador y defensor de Finlay, con el estilo incisivo, a veces irónico que lo caracterizaba en sus polémicas, atacó al micrococcus de Finlay y Delgado, desde las columnas de la Crónica Médico Quirúrgica de La Habana, en dos trabajos titulados «Los micrococcus del doctor Finlay (Bibl. 30) y «Los microbios del doctor Finlay» (Bibl. 31), pensando que sus descubridores los habían confundido con la sarcina litoralis, así denominada por los autores europeos.

Delgado y Finlay en la «Revista de Ciencias Médicas» (Bibl. 32), publican su «Contestación al doctor Tamayo», en la que se defienden con buenos razonamientos contra la argumentación del distinguido profesor.

Durante el año 1888, continúan Delgado y Finlay obsesionados con su pretendido hallazgo del microorganismo causal de la enfermedad. Y en ese terreno, presentan a la Academia de Ciencias, en febrero, una comunicación titulada «Del micrococo tetrágono de la fiebre amarilla» (Bibl. 33) en que lo encuentran en cultivo de sangre cardíaca recogida por el doctor Paul Gibier, profesor francés llegado a La Habana, precedido de gran reputación de bacteriólogo, (Pícaza<sup>1</sup>) en un fallecido por la enfermedad y hasta en la sangre, orina y lágrimas de un recién llegado que más tarde, después de ser inoculado preventivamente, contrajo un ataque grave de la afección, lo que les hizo pensar que el sujeto se encontraba en el período de incubación de la fiebre amarilla, durante el cual los tetrágenos se multiplicaban en su organismo.

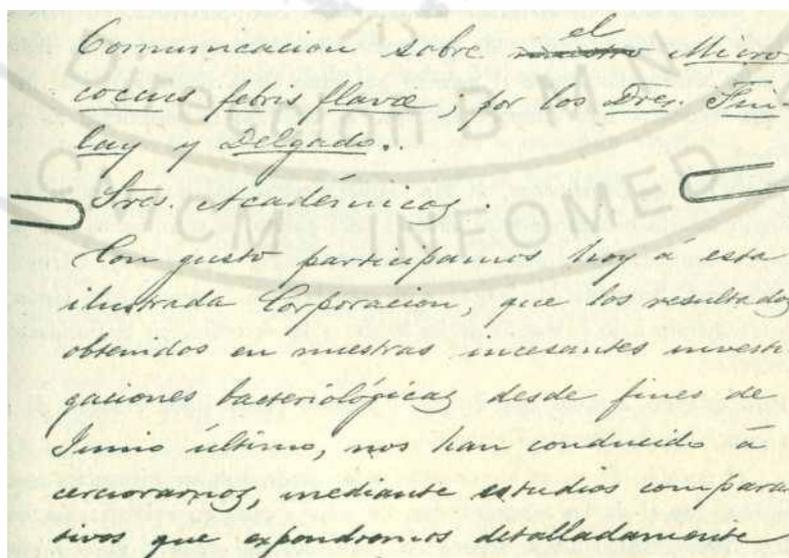
Parece que la polémica, aunque Finlay y Delgado la elevaran a un ambiente de ética y de cultura científica, habría de ser el signo bajo el cual se veían obligados a actuar nuestros investigadores, pues el propio doctor Gibier antes citado y que en la sesión de la Academia en que se discutió el trabajo anterior trató de explicar a su manera la existencia del micrococcus tetrágono febris flavae en la sangre por él mismo recogida de las cavidades cardíacas a las pocas horas de fallecido un caso de fiebre amarilla; que había dictado anteriormente una «Conferencia sobre la etiología de la fiebre amarilla» (Bibl. 34), aparecida en los Anales de la Academia; publicó además un «Estudio sobre la etiología de la fiebre amarilla» (Bibl. 35) en la Crónica Médico-Quirúrgica; y «La etiología de la fiebre amarilla» (Bibl. 36) en la Revista de Ciencias Médicas; obligando a nuestros persistentes hombres de ciencia a presentar ante la Academia, en febrero de 1888, su trabajo «Refutación al doctor Gibier», de las explicaciones dadas acerca de un tubo bacteriológico sembrado por él mismo» (Bibl. 37).

A este incidente con el doctor Gibier, se refiere Delgado, años más tarde, cuando le decía a Finlay en su carta del 26 de enero de 1901 desde España: «... Ha sido usted verdaderamente el Cristo de la doctrina redentora de la fiebre amarilla, y no le faltaron doctores y fariseos detractores, ni las persecuciones de la envidia, ni la befa y escarnio de vanos cuanto pretenciosos charlatanes (testigo el doctor Gibier)...»

Y finalmente, como última colaboración durante ese año, Finlay y Delgado presentan ante la Academia y publican conjuntamente en los Anales (Bibl. 3 8) el trabajo «Resumen de las investigaciones sobre tetrágenos en

la fiebre amarilla», en que, a más de un resumen de las investigaciones efectuadas con el micrococcus tetrágenus, reproducen las opiniones de los profesores W. H. Welch, catedrático de Patología de la Universidad de Johns Hopkins, en Baltimore (Maryland) y de George M. Sternberg, del cuerpo de sanidad militar de los Estados Unidos y antiguo secretario de la Comisión de Fiebre Amarilla de La Habana, del año 1879, acerca de cultivos de dicho microbio que les remitiera Finlay y de cuyo intercambio científico existe abundante correspondencia en poder de la familia Finlay, en donde hemos tenido oportunidad de examinarla detenidamente.

Durante el mismo año de 1888, los doctores Finlay y Delgado publican conjuntamente los trabajos, titulados: «Comunicación sobre el micrococcus febris flavae» (Bibl. 39) y Nota sobre el micrococcus febris flavae» (Bibl. 40), en el primero de los cuales exponen la modificación de su técnica inicial de recolección de los productos histo-patológicos, para seguir la propuesta por el doctor Sternberg, y en el segundo, que resulta una verdadera ampliación del anterior, comunican los resultados de la acción del germen por ellos estudiado, desde el punto de vista de su acción de licuación sobre la gelatina, que les hace pensar en la posibilidad de que existan dos diferentes microorganismos, o bien una modificación evolutiva del micrococo único, por ellos incriminado como el agente causal de la enfermedad.



Facsimil del manuscrito sobre Micrococcus, trabajo de los Dres. Finlay y Delgado.

Durante el año 1889, siguen los dos notables investigadores abstraídos casi por entero en el escabroso cuanto erróneo camino que desde 1886 habían emprendido y en marzo presentan a la Academia y luego publican en sus Anales (Bibl. 41) un «Resumen de nuestras investigaciones sobre la etiología de la fiebre amarilla en el año de 1888 a 1889», añadiendo nuevos resultados de las investigaciones de Sternberg: el hallazgo, en los capilares renales de un caso fallecido de fiebre amarilla, de un micrococo en tetradas; la determinación definitiva de que los tetrágenos de 1887 licúan la gelatina; la denominación de *micrococcus finlayensis* de un estafilococo licuador remitido por los autores; y la calificación de «versatilis» al micrococo de que se han estado ocupando, por su diversidad de caracteres de desarrollo y tamaño. En este trabajo, nuestros dos investigadores clasifican las formas clínicas de la fiebre amarilla en: albuminúricas, no albuminúricas y las re-ano-albuminúricas.

Por último en el año 1890, publican Delgado y Finlay su última contribución acerca del mismo tema, titulado «Resultado de los experimentos comparativos hechos sobre el micrococo «*tetragenus versatilis*» (Bibl. 42) en que cuentan los experimentos hechos por Sternberg (que los consideraba como un saprofito), y por Kinyoun, del Marine Hospital Service de New York, y dan por suspendidas sus investigaciones en tal sentido, advirtiendo que: «... Apreciados en conjunto los resultados comparativos... no parecen del todo favorables a la idea de que nuestro *micrococcus tetragenus versatilis* deba considerarse como el germen patógeno de la fiebre amarilla; pero hay que reconocer que tampoco excluyen en absoluto la posibilidad de que lo sea...»

Nada hay de deprimente, ni tan siquiera merecedor de un comentario irónico, como lo hicieran ciertos autores «del patio», si recordamos que por análogos equivocados caminos se embarcaron Freyre (del Brasil), Carmona (de México), Sanarelli (de Italia) y el gran Hideyo Noguchi (del Japón), pero trabajando bajo la enseña de las barras y las estrellas, en la Fundación Rockefeller.

Pero estamos acordes con Picaza<sup>1)</sup> cuando juzga labor cumbre de la obra científica de Claudio Delgado:

«... el estudio, de valor inestimable, relacionado con su actuación como higienista, fue el de las inoculaciones, llevadas a cabo en colaboración con Finlay. Este trabajo dió comienzo en junio del año 1881 y duró 9 años en su primera etapa que termina el año 1890 con el estudio de Finlay. «La

fiebre amarilla experimental comparada con la natural, en sus formas benignas»<sup>(10)</sup> publicado el año 1884, constituye el fundamento de la doctrina por ellos sustentada...»

El trabajo de colaboración entre Finlay y Delgado, «Estadística de las inoculaciones con mosquitos contaminados en enfermos de fiebre amarilla» (Bibl. 43) lo consideramos de extraordinaria importancia, puesto que en el mismo, incluyendo el «Cuaderno y comprobantes» antes citado, se enumera con detalles, se analiza, agrupan y clasifican las 67 personas inoculadas; como dice Finlay «en colaboración con el doctor Delgado», en cerca de los diez años transcurridos entre el 30 de junio de 1881, fecha de la primera inoculación y el 13 de octubre del 91, con historias subsecuentes seguidas durante un período de años y con sólo dos de los inoculados (los números 14 y 18) perdidos de vista en ese tiempo.

¡Qué admirable constancia! ¡Cuánta tenacidad en aquellas dos personalidades! ¡Y que rigidez científica y de organización para la época que se efectuaron!

Los autores distribuyeron sus 67 inoculados, con arreglo a los resultados obtenidos, en 6 grupos, que, designados por letras, fueron:

*Grupo A:* 15 inoculados, cuya observación no se había completado aún (al presentarse el trabajo), no habiendo terminado sus 3 años de residencia, al final de cuyo tiempo los consideraban «aclimatados», o mejor dicho, preservados de padecer la fiebre amarilla grave, mientras continuase residiendo en un foco endémico (interior de la ciudad, Habana antigua hubiesen o no experimentado en ese tiempo algún ataque de fiebre amarilla); ni experimentado ningún ataque febril relacionado con la infección amarilla.

*Grupo B:* 12 inoculados, quienes al cabo de un período variable entre 3 y 25 días después de la inoculación, experimentaron un ataque de fiebre benigna, con o sin albuminuria (¿fiebre experimental?).

*Grupo C:* 12 inoculados que no presentaron en los 25 días siguientes a la inoculación ninguna manifestación patógena, ni tampoco han experimentado ningún ataque febril relacionado con la fiebre amarilla durante su residencia de 3 a 7 años en esta ciudad.

*Grupo D:* 24 inoculados, que no experimentaron efectos patógenos inmediatos, pero más tarde tuvieron formas benignas de fiebre no albuminúrica o tan sólo con albuminuria efímera.

*Grupo E:* 3 inoculados que no experimentaron efectos patógenos, pero sufrieron más tarde un ataque de fiebre amarilla albuminúrica formal, grave en dos de los casos, pero se curaron.

*Grupo F:* Unico inoculado que tampoco experimentó efectos patógenos, después de la inoculación y contrajo más tarde, bajo la influencia de una infección de intensidad excepcional, una fiebre amarilla mortal.

Excluyendo los autores las 15 observaciones incompletas del Grupo A, reducen las 52 restantes a tres categorías:

|  | %         |
|--|-----------|
| Aclimataciones benignas (Grupos B, C y D) .....            | 48 — 92,2 |
| Aclimataciones con F. A. formal, curados (Grupo E) . . . . | 3 — 5,9   |
| Fiebre amarilla mortal .....                               | 1 — 1,9   |
| 52 — 100   |           |

«... Para poder apreciar la significación de estas cifras —continúan Finlay y Delgado con alto sentido crítico e indiscutible buen juicio— habría que cotejarlas con otras obtenidas en personas no inoculadas y situadas en condiciones lo más semejantes posible en cuanto a receptividad morbosa y exposición a la infección amarilla...»

Y en efecto, después de hacer nuevas restricciones por motivos fundamentados que explican en su trabajo, presenta estos dos grupos para su comparación:

33 inoculados

|   | %       |
|---|---------|
| Aclimatación benigna.....                   | 31 — 94 |
| Aclimatación con F. A. formal, curados..... | 2 — 6   |

32 no inoculados

|   | %         |
|---|-----------|
| Aclimatación benigna (sin fiebre o con fiebre benigna . . . . . | 21 — 65,5 |
| Aclimatación con fiebre amarilla formal, curados.....           | 6 — 19    |
| Fallecieron de la fiebre amarilla.....                          | 5 — 15,5  |

He aquí las conclusiones generales a que arribaron Finlay y Delgado como consecuencia de su labor de 10 años de inoculaciones (V. Trabajos Selectos, pág. 189, conclusiones la. a 4a.).

Entre los documentos, ellos presentaron, a más de la serie de 104 personas en condiciones de receptividad inoculadas con mosquitos contaminados (1881-1900) y de los «Nombres de los inoculados», correspondientes a los números señalados en la Tablas (1 a 104) ya citadas en otro lugar, el «Cuaderno de observaciones y comprobantes de la estadística de inoculaciones», para mejor ilustración del lector; todos ellos de la obra monumental «Trabajos Selectos del Dr. Carlos J. Finlay» (Bibl. 29).

De cada uno de estos trabajos que se enumeran, hace el Dr. Jorge Le Roy una valiosa síntesis en la «Bibliografía del Dr. Carlos J. Finlay», aparecida al final (p. p. 623 a 654) de la obra «Trabajos <sup>Selectos</sup>»<sup>(29)</sup> por lo que, carentes de espacio material en que podemos extender, remitimos a los interesados a dichas páginas.

Aparte de haber analizado uno a uno con una extensión mayor o menor, según su importancia, los trabajos que Delgado publicó en colaboración con Finlay, vamos a demostrar con las citas que se enumeran a continuación, que el segundo no perdía oportunidad de nombrar y enaltecer al primero en casi todos los trabajos que presentaba por su propia cuenta. Así vemos por ejemplo, que en el titulado «Transmisión de la Fiebre Amarilla por el Culex mosquito» (Bibl. 45) del año 1891, comparte con Delgado la labor y la gloria de sus investigaciones, cuando dice: «... los resultados obtenidos hasta aquí por el Dr. Delgado y por mí, con nuestras inoculaciones por el mosquito».

Cuando Finlay leyó ante el III Congreso Médico Panamericano de la Habana, en 1901, su trabajo «Reseña de los progresos realizados en el siglo xtx en el estudio de la propagación de la Fiebre Amarilla»<sup>(12)</sup> y en ausencia de Claudio Delgado que se encontraba en España, hace noble reconocimiento de la labor de éste desde el comienzo de sus trabajos en 1881, cuando dice: «... Realicé mi proyecto cuando regresé a la Habana (desde la Conferencia Sanitaria Internacional de Washington) con una especie de mosquitos que consideré distintos de los que encontraba descritos en los autores, por el modo especial con que verifica la ovación, *valiéndome del eficaz auxilio de mi amigo y constante colaborador Dr. Claudio Delgado*».

También en su trabajo «Dos maneras distintas de transmitirse la Fiebre Amarilla» por el «Culex mosquito (Stegomyia Taeniata)» (Bibl. 46) aparecido en la Revista de Medicina Tropical, en 1901, y en la obra «Trabajos Selectos del Dr. Carlos J. Finlay», éste confiesa la participación del Dr. Delgado cuando se expresa así: «... He usado este procedimiento (se estaba refiriendo a las inoculaciones con mosquitos) en colaboración con el Dr.

Claudio Delgado, en 102 personas no inmunes, en el transcurso de 17 años (1881-1898)...»

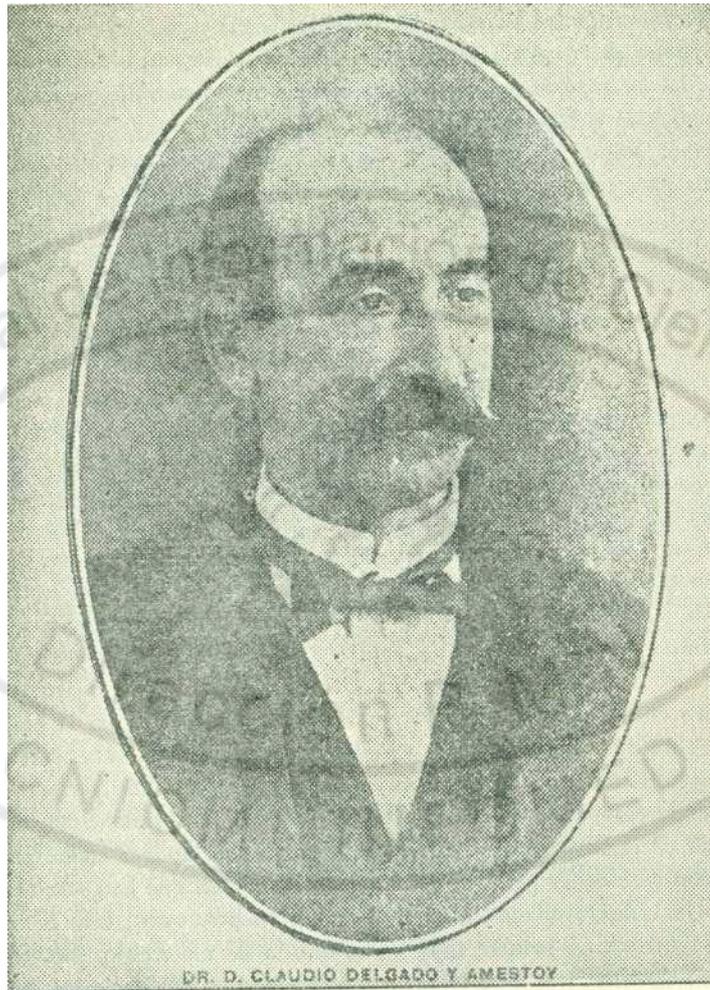
Hallándose el Dr. Delgado en España en '1903, tuvo ocasión de tomar participación bien activa en el XIV Congreso Internacional de Medicina efectuado en Madrid, para establecer la verdad histórica acerca del descubrimiento de Finlay, leyendo su Ponencia sobre «Profilaxis de la Fiebre Amarilla». Dejemos la palabra al mismo Dr. Le Roy, cuando en el «homenaje al Dr. Claudio Delgado y Amestcy», leído ante la Asociación de la Prensa Médica de Cuba, en 5 de agosto de 1916, se expresa en esta forma: «... Cuando con motivo del XIV Congreso Internacional de Medicina, celebrado en Madrid en abril de 1903, el Dr. Santos Fernández necesitó de sus auxilios para exponer las doctrinas de Finlay ante aquella asamblea, de intelectuales y para dar una conferencia en el Ateneo de la Corte, en la que evidenciase los resultados obtenidos en Cuba con la aplicación de las medidas de esas doctrinas derivadas, el Dr. Delgado abandonó en seguida su retiro de las provincias septentrionales de España para acudir solicitó al puesto de honor que se le confiaba. . .»

Para mayores detalles sobre esta noble y elevada misión de Claudio Delgado, véanse los periódicos «El Imparcial!» y «El Pa's» de Madrid, de aquellos días, conteniendo escrito del propio Dr. Verdes Montenegro, que lo instara a hablar también en el Ateneo, así como la carta que, refiriéndose a esas conferencias, escribiera el propio Delgado dirigida a Finlay.

También los Anales de la Academia de Ciencias (Bibl. 47), consignan esa espléndida actuación del Dr. Claudio Delgado (T. XI, p. 57-76).

En la sesión de la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana correspondiente al 19 de julio de 1906 y a petición del propio Dr. Finlay, el Dr. Claudio Delgado da lectura en nombre del maestro, al trabajo de éste, titulado «Del mosquito como factor etiológico de la Fiebre Amarilla» (Bibl. 48), en uno de cuyos párrafos, refiriéndose al trasplante de gérmenes por mosquitos recién contaminados, dice: «... Tal proceso, suponiéndolo como una especie de vacunación preventiva de la fiebre amarilla, fue puesto en práctica por el Dr. Claudio Delgado y por mí, cuando emprendimos una larga serie de inoculaciones de ese género sobre un centenar de individuos no inmunes, desde 1881 al 1900. . .»

Al año siguiente, 1907, al terminar de leer el Dr. E. B. Barnet, también a nombre del Dr. Finlay en la Academia, el trabajo del último, titulado «Casos, al parecer típicos, de ictero catarral secundario posible de ataques benignos e ignorados de Fiebre Amarilla»<sup>13)</sup> el propio autor



pide la palabra: «... para manifestar... que he tenido un verdadero placer, durante el año que acaba de terminar, en haber podido utilizar en Bolondrón y en Cruces, donde ocurrieron los casos de fiebre amarilla citados en mi trabajo, los valiosos servicios de nuestro querido amigo el casi veterano miembro de esta corporación, el Dr. Claudio Delgado, cuyas especiales dotes de sagaz y escrupuloso observador, tantas veces había tenido oportunidad de apreciar durante los 20 años en que generosamente me prestó su valioso concurso en mis estudios de la fiebre amarilla...»

Fueron también su nobleza de espíritu y su altruismo los que movieron su pluma para escribir un último trabajo: «Un informe acerca de los trabajos científicos del Dr. Carlos J. Finlay», en colaboración con el Dr. Jorge Le Roy, aparecido en los Anales de la Academia (Bibl. 49) en 1908, en el que sus eruditos autores, tras minuciosa búsqueda, recolectaron y analizaron la labor ciclópea de aquel iluminado de la Ciencia, para complacer la petición explícita del gobierno francés, que lo necesitaba para conceder a Finlay la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Si exceptuamos algún que otro artículo, ajeno al problema que nos ocupa, aparecido en revistas y periódicos, terminó en esta forma gallarda y elevada la producción científica de Dn. Claudio; pero a reserva de abordar enseguida los numerosos juicios que acerca de su actuación profesional, sobre todo de su inmensa y tesonera labor con el maestro, Carlos J. Finlay, se han emitido por otros tantos autores, nacionales y extranjeros, queremos citar aquí solamente las palabras del ilustre secretario de la Academia de Ciencias y distinguidísimo jefe de Demografía Sanitaria Nacional, erudito y verdadero maestro del buen decir, ya fallecido, Dr. Le Roy; W «... Su constante colaboración en los Anales, en la Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana, en la Revista de Ciencias Médicas y en otras varias publicaciones científicas, se distinguió siempre por la galanura de su estilo y por la más perfecta aplicación de la frase justa para expresar sus ideas. El profundo conocimiento que tenía de la bella lengua del Lacio, le sirvió para aplicar correctamente y usar con fluidez las palabras del hermoso idioma en que han escrito Cervantes, Granada, Jovellanos, Núñez de Arce, y tantos otros; bien es verdad que él, pensando de manera muy distinta a la de un errado filósofo que proscribió aquella de nuestro plan de estudios vigente, se ejercitó en el «arte de entender» para conseguir al correlativo de «expresar con exactitud sus pensamientos...»

También a su galeno estilo se refiere Mariano Martín en su «Página Médica» «Remembranzas de mejores Sanitarios», en la Revista Novedades (1943)<sup>2</sup>) cuando dice: «...era asimismo dote relevante de la cultura del

pr. Delgado, su gusto refinado y selecto en materia literaria, que unido a su carácter afabilísimo, hacía sumamente atrayente su trato personal. . .»

Tratemos ahora de enumerar, en apoyo de nuestra tesis de que fuera el pr. Claudio Delgado *el único* colaborador, por lo menos en el aspecto científico, del sabio cubano Carlos J. Finlay; si no todos, por lo menos una gran parte de los autores que así lo han expresado y comencemos, desde luego, por el reconocimiento de tal hecho por el propio Dr. Finlay.

En 1908, en una carta en inglés a sir Patrick Manson, cuyo original se encuentra hoy en el Archivo Nacional, se expresaba el gran sabio cubano en esta forma humanitaria y honrosa: «. . Finalmente en justicia a mí mismo y a *mi amigo y colabo*; <ador Dr. Claudio Delgado, yo debo recalcar el hecho de que nosotros nunca hemos aceptado un precio por nuestras inoculaciones, habiéndole informado a aquellos que nos remitieron a ellos, que nuestro objetivo era puramente científico, era tomado en un sentido puramente científico y que, de acuerdo con nuestra experiencia, ellos no corrían riesgo alguno de un ataque severo, más aún, que probablemente no sentirían efecto patógeno alguno. . .»

Y refiriéndonos ahora a las opiniones sustentadas por otros autores, cubanos y extranjeros, con respecto a la muy estrecha colaboración existente entre Finlay y su fidelísimo amigo Claudio Delgado, citaremos, en orden cronológico las siguientes:

La del doctor Tomás V. Coronado, antiguo profesor de Higiene y Medicina Legal de nuestra facultad de Medicina, en su trabajo: «El doctor Carlos J. Finlay y su teoría» (Bibl. 50): «...Los trabajos del doctor Finlay, confirmados por su único alentador el doctor Claudio Delgado.»

Güiteras, en la página XXIII de sus «Apuntes biográficos» sobre el doctor Finlay, (Bibl. 51) aparecidos en la obra «Trabajos selectos» <sup>(29)</sup> publicada en 1912, se expresa en esta forma: «...Grande fue su gratitud a los que le ayudaron en su obra, debiendo citarlos como especial ejemplo, *su recuerdo siempre entusiasta para con el doctor Claudio Delgado, su compañero de trabajo.*»

El doctor Luis Adán Galarreta en su escrito «Bocetos y recuerdos» publicado en agosto de 1915, (Bibl. 52), dice a su vez: «...Así ocurre generalmente, por desgracia, con los grandes descubrimientos. Desdeñado el de Finlay, tanto oficial como particularmente, *sólo tuvo un fiel adepto, el doctor Claudio Delgado, quien acompañando siempre al maestro en sus incansables especulaciones le estimulaba y alentaba para que no desmayase y tuviese la esperanza de mejores tiempos.*»

Ramón V. Guerrero en «Justicia a la memoria del doctor Finlay» (Bibl. 53), trabajo publicado en la revista «Vida Nueva», en marzo de 1924, no sólo acepta y exalta la colaboración del doctor Delgado como «la única constante, sino que apunta, aunque sin nombrarlos, la presencia de «otros varios» (?), cuando dijo: ...Sucesivos experimentos... le permiten demostrar que las lancetas del mosquito, retenían las partículas que, suspendidas, se encontraban en los líquidos que aquél ingeriera, llegando a reproducir en agar, colonias de un microbio que denominó *micrococcus tetragenus febris flavae* a quien suponía ser el causante de la fiebre amarilla. Este descubrimiento, *que en unión de su único colaborador constante (pues tuvo otros varios), el doctor Claudio Delgado, cuyo nombre tiene que ir unido a todos los trabajos de investigación de la fiebre amarilla de nuestro ilustre paisano...*»

*«... En todo este lapso de tiempo, en estos 19 años que duraron sus trabajos no interrumpidos sob'e la fiebre amarilla... tuvo por compañero y auxiliar constante y único al citado doctor Claudio Delgado...»*

Como se ve, en este segundo párrafo, su autor limita su concepción anterior, llamándole auxiliar único».

El día 7 de octubre de 1924, el doctor Carlos E. Finlay recibe una carta del presidente de la «Comisión Gestora del Finlaísmo», pidiéndole antecedentes sobre las relaciones que existieron entre el doctor Claudio Delgado y Amestoy y su padre, a la que contesta en los términos que siguen: «... Las relaciones entre el doctor Delgado y mi padre, fueron la de dos amigos íntimos, desinteresados e identificados en más de un sentido. En lo que respecta a la teoría de mi padre sobre la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito: durante 19 años fue el doctor Delgado el único creyente entre sus compañeros médicos, siendo un entusiasta sostenedor de aquélla en público y en privado; fue inmenso el apoyo moral que le dio a mi padre en momentos de desaliento ante la general indiferencia. Siempre estuvo dispuesto a llevar a cabo cualquiera experimentación que mi padre indicara. Grande fue el auxilio que le prestara visitando sus casos experimentales con el propósito de reafirmar o no su diagnóstico, pues siendo mi padre el inoculador y siendo suya la teoría, no deseaba erigirse en juez único, posiblemente parcial, del resultado de su propio experimento. Además lo ayudó eficazmente en la redacción de sus escritos y en varias ocasiones los leyó por él en la Academia de Ciencias.»

«El doctor Delgado no tuvo intervención alguna en la elaboración de la teoría ni en el planteamiento de los experimentos, tanto en lo que respecta a los hábitos de las distintas especies de mosquitos, como en la producción de los casos de fiebre amarilla experimental, pues ni su clientela, que era nume-

rosísima, le dejaba tiempo para ello, ni sus aficiones que eran más bien clínicas lo inclinaban en aquel sentido; pero no por eso dejó de ser valiosísima la colaboración que le prestó en la forma tan eficaz arriba indicada, siendo justísimo que se le reconozca y haciéndome sentir verdadera satisfacción el poder dar fe de ello, como testigo presencial...»

En 1927, el doctor José A. López del Valle, nuestro querido profesor de Higiene y distinguido sanitario, publicó un folleto titulado: «Por Finlay, por Guiteras» (Bibl. 54), en el que se expresa en esta forma de los que con Finlay cooperaron y principalmente de Delgado: «... No debemos, bajo ningún concepto, ocultar, ni mucho menos discutir, la parte de gloria que a otros corresponden en el descubrimiento y en los notables trabajos experimentales que comprobaron y dieron sanción oficial a la doctrina de Finlay. *Aquí está, en primer término, el recuerdo de admiración y de cariño que Delgado merece por su devoción a Finlay, por la cooperación generosa que le prestó, por haber sido su compañero fiel, de una lealtad puesta a prueba en los días tristes, en que se negaba al maestro y no se prestaba atención a sus proféticas palabras.* Finlay con su clarividencia genial «veía» el horizonte. Lo mostraba a sus oyentes. Y sólo *Delgado sintió con el maestro la grandeza de su descubrimiento...!*»

«Finlay, discutido en vida en los tiempos primeros, cuando dio a conocer su inmortal descubrimiento, negado aún después de la muerte cuando se trata de ocultar la gloria que le corresponde tuvo, *sin embargo, el consuelo y la compensación a tantas amarguras e ingratitudes, de tener en primera línea, al frente de grandes admiradores, a dos amigos que pueden ser presentados como modelos en sus propios ideales y aspiraciones científicas: Delgado- y Guiteras.*

«... *Delgado fue su Cirineo... fue su colaborador eficaz en los días amargos y difíciles de 1881 al 1891 cuando expone ante la indiferencia de los demás, sin ser comprendido más que por Delgado, su descubrimiento trascendental. En aquellas horas inciertas, el único que lo alentó y acompañó en todos los instantes, con decisión inquebrantable, fue ese compañero ejemplar, cuyo nombre debemos recordar siempre con el de Finlay, por esa consecuencia y por sus merecimientos de todo orden. Más tarde, ya al hacerse la luz, al aceptarse su descubrimiento, tuvo también Finlay a su lado a Delgado... para cooperar modestamente en el lugar que se le asignó en el gran ejército sanitario que acababa de formarse, para llevar a la práctica, bajo la sabia dirección de Gorgas, las doctrinas de Finlay...»*

En 1927, con motivo del Congreso Médico que hubo de celebrarse en aquella época y al que la madre patria enviara brillante representación, ésta fue portadora de la siguiente carta del rey de España, de fecha 27 de noviembre y que apareciera publicada en el «Diario de la Marina», de fecha 15 de diciembre del propio año:

«Aprovecho la oportunidad que me ofrece la visita a La Habana de una delegación científica española, para asociarme al homenaje de admiración y gratitud tributado a la memoria del insigne médico cubano doctor Finlay y la de su ilustre y eficaz colaborador el médico militar español don Claudio Delgado, cuya fecunda labor para combatir la fiebre amarilla, ha reportado tan grandes beneficios a la humanidad contribuyendo al propio tiempo a la prosperidad y bienestar de la hermosa Isla de Cuba.

ALFONSO xiii.

Madrid, 27 de noviembre de 1927.

Al cumplirse el centenario del natalicio de Finlay, entre los numerosos actos que en su honor se llevaron a cabo en diversos países, hubo uno en Guayaquil (Ecuador) en que el doctor Gustavo Montero, anteriormente citado (<sup>11</sup>), a más de ensalzar la gloria del maestro, no echó en olvido a su sabio colaborador, cuando dijo: «... Combatido por todos, *sólo tuvo a su lado a un hombre de carácter recio, dispuesto siempre a defender lo que él creyó cierto, el doctor Claudio Delgado, vasco de origen y de quien Finlay dijo ser el copartícipe de su gloria...*»

Nuestro bien querido maestro, el profesor Domingo Ramos, en 1937, leyó ante la Academia de Ciencias y publicó más tarde en sus Anales, un bien documentado trabajo (Bibl. 55) en que sitúa a Delgado en esta forma: «... El (Finlay) y su fiel amigo y colaborador, el doctor Claudio Delgado, que se mantuvo solo a su lado en esta crisis, fueron señalados por los médicos y hombres de ciencia de La Habana, como verdaderos monomaniacos... mientras que publicaciones de menor importancia y *aquellas publicadas en colaboración del doctor Delgado, ascendían a 38...* Durante el mismo periodo... se habían hecho inoculaciones con mosquitos recientemente contaminados, tanto por el doctor Finlay, *como por su colaborador el doctor Delgado* en 103 inmunes...

El doctor Filomeno Rodríguez Abascal en su trabajo publicado en 1939 bajo el título de «Carlos J. Finlay: su vida y su obra, 1833-1915» (Bibl. 56), a su vez, habla en la siguiente forma de la cooperación Finlay-Delgado: «...sus experiencias iniciadas en el año 1880, *con la abnegada colaboración de su gran amigo, el vasco doctor Claudio Delgado.* El mismo Finlay declara,

*que sin esta colaboración, sin este apoyo de su amigo, no hubiera podido lograr su gran descubrimiento... El doctor Finlay, con su fiel auxiliar el doctor Delgado.»*

Un corresponsal de prensa internacional, Albert J. Vidaud en una interesantísima versión a máquina de su trabajo titulado «Finlay libró al mundo de la fiebre amarilla», remitida a la Academia de Ciencias, en 1940 para su revisión, también enaltece la memoria del doctor Claudio Delgado, cuando dice: «... Entre ellos, (los infatigables luchadores por la destrucción de la fiebre amarilla), debo mencionar *al doctor Delgado, un antiguo médico español, compañero íntimo del doctor Finlay, quien colaboró mucho por el descubrimiento de dicha teoría...!*»

Un autor portugués, Porfirio Amado, en su examen crítico bibliográfico del libro «Carlos Finlay Yellow Fever» (de Finlay, hijo) aparecido en 1941 en la revista Africa Médica, (Bibl. 58) relata en la siguiente forma la colaboración del doctor Delgado: «... de las inoculaciones experimentales *hechas por Finlay y por su dedicado compañero de trabajo, Dr. Claudio Delgado...*»

«... y en colaboración del doctor Claudio Delgado, su único discípulo, es que Finlay encuentra incentivos para la lucha...»

En la sesión especial (Natalicio de Finlay) que celebró la Academia de Ciencias el 3 de diciembre de 1941, la clásica Oración Finlay estuvo a cargo del brillantísimo historiador de la Medicina, doctor Saturnino Picaza, quien disertó sobre los «Colaboradores de Finlay: doctor Ramón Claudio y Ames- toy (<sup>1</sup>), y dijo en aquella ocasión: «...1 *colaborador grande y único de Carlos Finlay, a través del proceloso mar de su vida y hombre que por la elevación de su carácter fue ornamento de la Patria... la fidelidad inquebrantable del colaborador único de Carlos Finlay, su probidad intachable, su renunciamiento absoluto a la gloria, la fortaleza de su carácter, todo causa maravilla...*»

El gran biógrafo y defensor del sabio ilustre, doctor Domínguez Roldán, en su obra tantas veces comentada: «Carlos Finlay. Su centenario (1933). Su descubrimiento (1881). Estado actual de su doctrina (1942)», edición española aparecida en 1942. (Bibl. 59) nos habla así de la leal cooperación de Delgado: «Convencido de la verdad de su teoría, Finlay se mantuvo firme durante 20 años, *con el apoyo único de su auxiliar inseparable, el doctor Claudio Delgado, luchando en el vacío que en torno suyo había creado la incredulidad...*»

Mariano Martín, en su bonita biografía de Claudio Delgado aparecida en 1943 bajo el sugestivo título de «Remembranzas de mejores sanita-

rios»<sup>2\*</sup> aborda así la cooperación de aquél a Finlay: «... *Su colaboración con el doctor Finlay en diversos trabajos y en la grande obra de descubrir la teoría de la transmisión de la fiebre amarilla por medio del mosquito*, en unión de los grandes triunfos antes mencionados, forman el conjunto de la más brillante y fecunda obra científica que con tanta abnegación realizara hombre alguno...»

Manuel Villaverde Alvarez, formado en la escuela de Marañón, se refiere extensamente a Claudio Delgado, en su prólogo «Carlos J. Finlay», del 5<sup>o</sup> Cuaderno de Cultura del Ministerio de Educación, titulado «Estudios sobre la fiebre amarilla» (6) publicado en 1945: «...Para los académicos, en la mesa quedó muchos años el trabajo, no para Claudio Delgado, que también genial en su intención, advirtió la exactitud y la grandeza del descubrimiento de Finlay...»

«... La conciencia del vulgo es tarda... y cuando empieza a vislumbrar la idea genial, le echa garra y no la suelta. *La garra esta vez fue Claudio Delgado, el descubridor de Finlay, su entusiasta y decidido colaborador...*»

«... Como se desprende fácilmente de la lectura de estas líneas, Claudio Delgado era hombre de mente brillantísima y ágil de quien los cubanos serían deudores de una parte de nuestro progreso médico, pero su gloria principal estriba en la claridad mental que le permitió ver inmediatamente la verdad del descubrimiento de Finlay, a quien prestó enseguida el apoyo incondicional de sus conciudadanos y a cuya labor se asoció desde el principio con el mismo entusiasmo de su amigo cubano. Un considerable número de los trabajos de Finlay llevan conjuntamente la firma de Claudio Delgado como todas las comunicaciones sobre la bacteriología de la fiebre amarilla y especialmente la dedicada a las formas benignas de la enfermedad, en la que nuestros sabios se adelantan varias décadas a los conocimientos humanos...»

«... Cuando Finlay necesitó aparatos para sus estudios experimentales, supo construirlos según sus necesidades y algunos de ellos fueron usados después por un hombre tan metódico como su colaborador Claudio Delgado con preferencia a los que otros pudieran haber diseñado también, por estimarles más prácticos...»

De un sencillo acto efectuado el 6 de septiembre de 1945 en el Instituto «Finlay», en el que se develó un alto relieve del doctor Delgado, hizo el ex director general de Salubridad y en aquel entonces de la División de Relaciones Médicas y Sanitarias Panamericanas de aquel Instituto, doctor Luis Espinosa y G. Cáceres, (Bibl. 60) una breve reseña que contenía estas frases laudatorias: «... La memoria del doctor Claudio Delgado, ilustre colaborador



La Sra. Dolores Alonso Vda. de Delgado en los momentos de develar el medallón de su esposo en el parque «Lazear», Marianao, donde se conserva la histórica caseta de los trabajos comprobatorios del descubrimiento de Finlay.

del doctor Carlos J. Finlay, en la ingente lucha contra la fiebre amarilla y uño de sus íntimos amigos...»

«Como un detalle verdaderamente simbólico hacemos notar que el relieve está colocado sobre el estrado del salón de actos, al lado del doctor Finlay, *de quien el doctor Delgado fuera su mas fiel compañero...*»

En este mismo acto habló para agradecerlo en el nombre de su señora madre y en el suyo propio, el doctor Abelardo Delgado, hijo del gran investigador español, quien destacó en su discurso la devoción que aquél sintiera por el doctor Finlay y cómo su deceso, significó para el doctor Claudio Delgado, la pérdida de un amigo y un maestro...

Por último, en el discurso de cierre del propio acto, el ministro entonces, doctor Octavio Rivero Partagás (Bibl. 61) dijo, a su vez: «...Si Pasteur tuvo la suerte de contar con la colaboración de su yerno, el doctor Valery Radot, nuestro Finlay tuvo más suerte aún en *el colaborador escogido, el medico cubano, aunque haya nacido en España...*»

Y así, como empezamos citando la manera de pensar del propio Finlay sobre su colaborador y compañero de labores e infortunios, el doctor Claudio Delgado, vamos ahora a citar los pensamientos leales, desinteresados, impregnados de cariño entrañable que éste dedicaba a aquél y que se pueden comprender de inmediato al proceder a la lectura de las cartas que el español enviaba al cubano desde su tierra nativa (Bibl. 62).

En carta de fecha 26 de enero de 1901, desde Gijón, le dice: «... alcanzando yo el honor de ser, junto a usted, a veces Cirineo' de esta pasión, y siempre el discípulo consecuente, tan adicto a la doctrina como a la persona del maestro...»

En otra fecha, 16 de mayo de 1903: «... los resultados de su inspiración y nuestra labor...» «... la conferencia (dictada por Delgado) ...hizo eco para restablecer la verdad de las cosas y repercutió de modo muy grato en el elemento médico español, *el saber que un cubano y un español habían trabajado con el mosquito antes que los americanos*, a quienes exclusivamente se atribuía el descubrimiento, y por ende, el milagro de acabar en un santiamén con la fiebre amarilla en La Habana...»

«...ha de saber usted que se me prepara un banquete (en Gijón)... y claro está que *aunque sea yo quien como, toda la sustancia ha de ser para usted como es de justicia...* al pensamiento de *dar a conocer al «inventor» del mosquito* y tributarle pleito homenaje por los felices y nunca bien ponderados resultados a que condujo el «invento» o hallazgo, del que debe usted sentirse muy feliz y a mí me proporciona grande satisfacción...»

Si no hubiéramos tenido ya el concepto de la elevada, noble y leal personalidad del doctor Claudio Delgado, al través de la revisión de su vida, hecha mediante el estudio biográfico de otros autores, de sus seres más allegados, de la labor bibliográfica y, en fin, de nuestra propia convicción al adentrarnos profundamente en el interesantísimo estudio de su vida, cual hay pocas, os bastaría, para retratarlo de cuerpo entero, la lectura de su correspondencia con Finlay, de tan levantado espíritu', de tan altruista y desinteresado sabor, de tan depurado estilo, de tan suave y agradable fluir, que nos hacen pensar en un tipo de amistad tan sublimada y tan pura, como en nuestros días, por desgracia, no es factible encontrar.

